

El ensayo al servicio de la ficción

Montero publica la primera entrega de su tetralogía «Documentos secretos»

ISAAC MONTERO

Citas a un juicio

Anaya & MM / Madrid 1995

244 páginas / 2.400 pesetas



Isaac Montero, escritor experimental.

LOSTAU

bien relacionarse con un concepto unamuniano, el de «intrahistoria». Pero acaso resulten inútiles estas filiaciones porque ante todo encontramos una clara voluntad de hallar una fórmula narrativa personal.

Este propósito, que abarca a la totalidad del ciclo, queda patente en el primero de los «documentos», *Citas a un juicio*. Esa forma peculiar consiste en una aleación de lo estrictamente novelesco y de un procedimiento de claro corte innovador y aun experimental. Este incorpora pasajes concebidos como un estudio, en términos próximos a lo que exigiría un ensayo de valor científico. Lo imaginario y lo analítico, de tan difícil conjunción en un texto narrativo, no se disocian sin embargo. Ambas dimensiones, compenetradas, sirven para calar en una patología moral que se ejemplifica en individuos, pero que los trasciende hasta convertirse en diagnóstico lúcido de las perversas consecuencias del franquismo. Un pasado ominoso y un presente en transformación acelerada pesan sobre el «caso» que Montero idea e interpreta en *Citas a un juicio*. En los «documentos» siguientes añadió más pruebas relevantes de una anomalía histórica. A este primer título van a seguir de inmediato los restantes de la serie. Ello permite celebrar aquí el mérito de esta escritura exigente, acertada y comprometida y también el hecho editorial que va a poner la totalidad de los *Documentos secretos* a disposición del público. Para muchos constituirá un feliz descubrimiento.

J.A. en la turbamulta

Libro divertido con trazos de homenaje

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Cuadernos de El Escorial

Lumen / Barcelona 1995

164 páginas / 1.800 pesetas

LUIS ANTONIO DE VILLENA

El epigrama —a la abeja semejante, dijo un clásico— es uno de los más antiguos géneros de la poesía: Un poema breve, hiriente, reidor, que trata de ver (muy ajustado, incisivo) la cara —o el culo— defectuosos del de enfrente. José Agustín (en el prólogo de Fanny Rubio) se paga de los tres epigramatistas latinos —Juvenal, más satírico que epigramático— que relee y prefiere: Catulo, el hispano Marcial, Juvenal terrible...

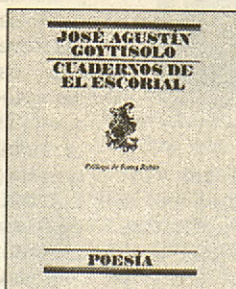
Es cierto que los epigramas de José Agustín Goytisolo (que vienen —de ahí el título— de veladas zumbonas en la Universidad de Verano de El Escorial) pertenecen, sobre todo, a la tradición más clásica y limpia: Poemas siempre de cuatro versos de catorce sílabas. El epigrama gozó mucho predicamento en el Barroco —y de ahí se

lo apropió Brines en una parte de *Aún no*— pero es éste, desvergonzado y poco enredoso epigrama catuliano (no diremos que también lo ha usado, y en ocasiones bien, Ernesto Cardenal) el que utiliza Goytisolo. El género estuvo muy de moda —asimismo en veta clásica— entre los poetas jóvenes, clasicizantes, de los años 80, y hasta alguno menos joven —como Vicente Núñez— lo bordó.

Cuadernos de El Escorial es un libro ameno, ágil y divertido. A veces el poema —real o irreal— se ciñe a las coordenadas del género: amoríos, burlas literarias, maridos engañados, señoritas facilonas... Los mejores —a mi gusto— recuerdan peripecias personales o entran en la melancolía de amigos perdidos, como Jaime Gil o Carlos Barral.

Pero, quizás, los aún mejores de este libro, menor y sabio de José Agustín, sean en los que recrea escenas más nuevas —más frescas— (*Postura inconfortable*, sobre los urinarios masculinos) o en los que la vieja tensión política del poeta, que habla del gusto por la vida sucia y radiante, desdena los años impuros de la Dictadura, o zahiere al *Diablo blanco*, en un texto que pareja la noble acidez

de Pasolini: *Asomado a la Plaza bendiciendo a sus fieles/se parece a un Santero en un ritual cubano. Pero es mucho peor: en países de hambre/besa los aeropuertos y cena con los sátrapas.*



Un mérito histórico y otras cosas

INSULA

El espejo fragmentado

Espasa Calpe / Madrid 1995

61 páginas / 1.300 pesetas

JAVIER ALFAYA

Se cumplen en 1996 los cincuenta años de la fundación de una revista literaria, *Insula*. Su fundador y director a lo largo de muchos años, Enrique Canito, era un profesor de francés que había sido represaliado por el franquismo. Entre él y José Luis Cano mantuvieron con la revista lo que se ha definido como un puente entre la España de la dictadura y la del exilio. *Insula* hizo el notable esfuerzo por vincular a la España real, la de quienes mantenían un apartamento del régimen —esa España que Miguel Salabert llamó en una novela inolvidable la del «exilio interior», en la que «regenteaba la canalla», según el justiciero verso de Luis Cernuda— con un segmento, al menos, de la de los obligados a abandonar el país por la derrota republicana.

Conviene, sin embargo, dejar clara una cosa: *Insula*, con todo su mérito histórico a cuestas, enlazó con una parte, y sólo una parte, de ese exilio. Más en concreto la de los escritores y profesores de adscripción claramente liberal, muchos de los cuales profesan en universidades de los EEUU o de sus zonas de dominio más directo —Puerto Rico—. Y hay que decirlo porque la precariedad de la memoria histórica en nuestro país tiende a considerar las cosas en un blanco y negro que es, cuando menos, dudoso y despiante. Hubo intelectuales republicanos españoles que no cruzaron el Atlántico, que se quedaron en Europa, incluidos, por supuesto, los países del «socialismo real». O los hubo que se encontraban muy lejos del liberalismo tal y como lo definieron Ortega y Gasset y su escuela. Nacionalistas, socialistas, libertarios, comunistas, que no tuvieron acomodo dentro de las páginas de *Insula* y que tuvieron que buscarlo en publicaciones más o menos efímeras europeas y americanas.

Lo cual no resta méritos a esta revista que tanto hizo por luchar contra la trágica escisión de nuestra cultura provocada por el franquismo. Encontrar nombres como los de Ayala, Ferrater Mora, María Zambrano, etc., en una publicación de los años cincuenta en nuestro país era un hecho enormemente positivo y contribuyó a que la tradición intelectual del liberalismo español se mantuviera viva. Con los años, el debate ideológico entre dictadura y oposición tomó otros rumbos, más agudos y comprometidos. *Insula*, con toda su probidad intelectual, se quedó al margen de esa lucha, no historiada aún, entre un poder tiránico y monstruoso y quienes no aceptaban sus reglas. Hay que saludar, pues, el cincuentenario de esta revista singular en la que tantos aprendimos que la literatura española no terminaba en la Generación del 98 y que cumplió la más que encomiable labor de mantener viva su pequeña llama de libertad. Y de paso, al leer este interesante número que ahora aparece, tener en las manos una edición facsimilar de un número de la revista, secuestrado por la censura en noviembre de 1955.